

JOSEF AJRAM EN LA JUNGLA HUMANA

Por Manuel Espín

Es necesario reconocer afinidades y valores compartidos con el ideario o estilo de vida de Ajram, ‘deportista extremo’ de *iron man*, corredor de bolsa, ‘gurú’ sobre economía en medios, y autor de libros de autoayuda y refuerzo personal, de imagen radical: autoexigencia y autodisciplina, creatividad, perfil de retos contra uno mismo, exhibición del cuerpo como expresión de construcción personal, expresión del máximo rigor corporalmente, versatilidad, etc. Ajram que ya lanzó en los pasados meses alguna opinión insostenible: “nunca veo cine español porque está muy politizado”, ahora se embarca abiertamente en un discurso que entronca con el ultra-liberalismo más silvestre: “El desempleo no es real: habría saqueos con el porcentaje actual de paro”, “No tengo por qué pagar con mis impuestos a los que no tienen trabajo”, o “los parados deben recurrir a la compasión” —es decir a “la caridad”— para superar su problema. La referencia, por puntual, no es aislada y entronca con un debate muy común en el XVIII y el XIX que llega hasta las primeras décadas del XX, y relegado desde 1945, especialmente en Europa, con la creación del Estado de Bienestar; hasta que emerge con toda su fuerza en los 80 con Reagan y Thatcher: la renuncia al estado redistributivo y reformador reemplazado por el “árbitro” secundario que genera condiciones para que los más fuertes, o los más ricos, impongan su norma, que para eso han llegado al podio del triunfo.

Más allá de estas expresiones políticas del *laissez faire, laissez passer* hay todo un acompañamiento de pensadores, revalorizados en las últimas décadas, de Hayek a Popper, a los que se da nueva vida desde su nuevo reconocimiento intelectual (sin ir más lejos, Vargas Llosa ponía hace poco a Sartre a la altura de bazar de “todo a cien” frente a los grandes del neoliberalismo, la

mayor parte de ellos nacidos en Europa y emigrados a USA). Dentro de esas referencias, la de Ayn Rand. Antigua ‘rusa blanca’, pasada por Hollywood, autora del *best-seller Los que vivimos*, llevada al cine por King Vidor con Gary Cooper en el papel de un arquitecto individualista que destruye su obra cuando es obligado a cumplir unas normas, mentora entre otros de Alan Greenspan, gobernador de la reserva federal en los años del ‘no control’ sobre las finanzas que dieron lugar a la crisis de la pasada dé-



La escritora Ayn Rand defendía el individualismo social.

cada. Rand creó una filosofía llamada ‘egotismo’ (de ego, es decir, yo) alma de la acracia ultra-conservadora. El estado no debe aportar recursos a la educación, que es un tema exclusivo de las familias, ni a la protección de los desempleados ni a la acción social, que es cuestión que debe quedar en manos de la filantropía privada. Bajo un principio de ‘darwinismo social’ y de burda traslación de la teoría de la evolución. el malestar de quien carece de empleo y de recursos se convierte en iniciativa y energía creativa. La lucha por la vida en toda

su esencia dentro de la jungla humana. Solo los mejores, los más fuertes, han de triunfar. Los elegidos, tal y como lo entendía el calvinismo clásico.

Bajo esa concepción el único fin del estado es la de guardia y custodia para favorecer el respeto a la propiedad privada y a las reglas del juego marcadas. Ese viejo debate que viene de varios siglos atrás se vino abajo cuando desde finales del XIX muchos estados crearon escuelas públicas o desde la Alemania de Bismark o la España de Maria Cristina se crearon los primeros sistemas públicos de protección social públicos. En la Europa de la posguerra, la de los mayores crecimientos de PIB entre 1950 y los años 80 de su historia, el Estado de Bienestar asume la sanidad, la protección del desempleo, la educación, la vivienda y más adelante la protección del medio ambiente y de los derechos de los consumidores como competencia esencial de la acción de gobierno. No solamente defendida por los partidos de la izquierda política sino por los conservadores. Durante tres décadas ese pensamiento fue incuestionable para sufrir un eclipse fulminante a finales de los 70, y mucho mayor en 1989 tras la caída del muro, cuando ya “no había enemigo” en el otro bloque.

En ese *revival* contemporáneo de un liberalismo típico de la Revolución Industrial emergen nuevos formatos revestidos de radicalidad formal y aparente naturaleza libertaria. La novedad de esa nostalgia de los tiempos sin salario mínimo, sin asunción pública de la protección social como un derecho o un ejercicio de justicia —y no como un acto de caridad que solo tendría sentido desde el ámbito exclusivamente personal—, sin reconocer la educación como principal espacio de igualdad, sin sanidad pública, sin defensa del medio ambiente —véase la negación del agujero de la capa de ozono de los ultraliberales—, es que llega de la mano de imágenes de radicalidad. La vuelta del Hobbes o a la sociedad de la lucha por la subsistencia en una sociedad con la facilidad de acceso a las tecnologías y la omnipresencia de los medios, sería mucho más letal que en el XVIII o el XIX. Los parados a los que se deja sin prestaciones no se limitarían a tirar piedras contra los escaparates del paseo de Gracia... ●